

LAS BOTAS DEL ABUELO

Por *Rón Matthies*

MARCOS sabía que, si sus piernas hubiesen sido suficientemente largas, habría podido pasar por alto el tercer escalón, porque ese escalón rechinaba ruidosamente cuando se lo pisaba. El sabía que si lo oían nunca obtendría las botas, ni las volvería a tocar hasta que su abuelo las llevara de nuevo abajo para lustrarlas. Todo lo que Marcos quería hacer era tomar prestadas las botas.

Allí estaban en el ropero del abuelo, donde habían estado guardadas desde que Marcos pudiera recordarlo. Eran muy altas y grandes y en la parte superior de la caña formaban pliegues con el cuero negro, brillante como un espejo. En el borde superior de la caña se asomaba el forro rojo.



A Marcos le gustaba tocar con sus dedos el forro, porque lo sentía al tacto suave como la hierba tierna o las tenues telarañas. Y esas botas hasta olían mejor que otras. No era sólo el olor a cuero y a crema de lustrar; era el olor que Marcos se imaginaba que habían adquirido en todos los campos de batalla y en todos los desfiles en los cuales su abuelo las había usado. Aun 50 años después de que las botas habían agujereado a un caballo o cruzado los campos de batalla, el olor persistía en ellas como un reflejo y un recuerdo.

Desde las primeras veces en que Marcos dejó la ciudad para ir a la granja durante el verano, recordaba los tiempos cuando el abuelo, sentado en la mecedora del porche de atrás, se inclinaba hacia adelante y lustraba las botas mientras contaba historias del pasado. Y cada verano eso era todo lo que Marcos veía de las botas, sólo una vez, cuando el abuelo las bajaba para lustrarlas; luego el abuelo se hamacaba durante un rato en su mecedora y hablaba de sus botas antes de llevarlas arriba y guardarlas en el ropero por otro año.

Marcos llegó por fin al vestíbulo de arriba, y luego al ropero. Lo abrió muy cuidadosamente para que la puerta no hiciera ruido, y se quedó mirando en la oscuridad entre las ropas, hasta que su olfato percibió el olor de los cristales de naftalina que allí había. Se arrodilló luego y entró gateando en el ropero que estaba empotrado en la pared, y palpó cuidadosamente con las manos para encontrar las botas. De pronto su mano tropezó con la punta de una de ellas. Deslizó entonces la mano hasta que tocó la parte superior de la caña. Siguió tentando con sus dedos y logró encontrar la otra y juntas las levantó. Algo parecía decirle que no debía tocar las botas sin el permiso de su abuelo. Pero las tenía en la mano.

Al bajar la escalera era más difícil pasar por alto el consabido escalón, porque tenía que mantenerse en equilibrio no sólo él sino también las botas. No debía hacer ni un ruidito ni dejarse ver de nadie. Al llegar al pie de la escalera espió en la sala y recorrió con sus ojos la habitación para asegurarse de que todas las puertas estaban cerradas. Pudo oír el sonido que hacía una cuchara contra un tazón que la abuela estaba usando en la cocina. También oyó la voz de su abuela.

"Le estará hablando al perrito -pensó- porque el abuelo está en el campo y el tío Loyd en el galpón". Salió en puntas de pie hasta la puerta del frente y cerró la puerta de tela metálica sobre sus dedos para que no hiciera ningún ruidito. Parado, descalzo sobre la grama que le hacía cosquillas en la planta de los pies, se quedó pensando.

"Las conseguí. Las llevaré de vuelta después que las use un poco" razonó.

Luego corrió al bosquecillo donde se las pondría.

"Puedo correr por la grama, y marchar entre los árboles con las botas puestas. Hasta puedo montarme a

un ternero y correr por la pradera. Abuelito nunca lo sabrá porque las llevaré de vuelta enseguida".

Metió los pies en las botas y tiró de la caña de ellas hasta que llegaron al tope de sus piernas. Luego las dobló para que se viera parte del forro rojío. Tocando la punta de las botas trató de encontrar la punta de los dedos de los pies, y notó que estaban muy atrás, casi en el talón. Cuando se paró le pareció que tenía las piernas metidas en dos aparatos ortopédicos. No podía correr ni siquiera caminar debidamente. Trató de marchar con las piernas más derechas que astas de bandera. Después de dar unas vueltas por el bosquecillo y por la pradera que bordeaba el arroyo, se sentó en el suelo y se quitó las botas. Luego se puso de pie y, colocándose las botas de bajo de los brazos, corrió hacia el arroyo. Al llegar al agua tomó una bota en cada mano y fue saltando de piedra en piedra para cruzar el arroyo. Casi había llegado a la otra orilla cuando se resbaló y cayó sentado en el agua. Las botas se le escaparon de las manos. Cuando salió del agua y corrió hacia la orilla, era demasiado tarde. Las botas se habían deslizado con la corriente e iban dando vuelta por el recodo.

Marcos corrió por la orilla del recodo con los ojos fijos en el agua. Y de pronto chocó contra el vientre de su abuelo.

-¡Abuelo! ¡Tus botas!

-Las vi -respondió el abuelo con una voz severa pero un tanto quebrada. Los dos caminaron lado a lado junto al arroyo. El abuelo no dijo nada hasta que casi hubieron llegado al puentecito. Se detuvieron al llegar junto a una piedra grande y aplanada. Marcos se sentó.

-Lo siento -se disculpó Marcos.

-¿Sabes cuál es el problema con el robo? -preguntó el abuelo.

-Yo no estaba robando -protestó Marcos.

-El problema con el robo no es sólo lo que robas, sino que, cuando robas, tomas también algo más.

-Pero.. yo... yo no estaba robando...

-Si tú te apoderas del dinero de alguien, no sólo tomas el dinero, el papel; tú te llevas el trabajo, el tiempo que la persona usó para obtenerlo. Tomas también lo que ellos necesitas comprar con ese dinero.

-Yo no tomé el dinero de...

-Cuando tú te apoderas de cosas como mis botas, no te llevas sólo cosas. Las botas están llenas de recuerdos. Significan mucho para mí.

-Creo que entiendo, pero yo no tenía la intención de...

-Yo sé que no tenías la intención de robarlas para siempre; pero recuerda lo que te dije. Cuando te apoderas de cosas, te llevas no sólo dinero o botas o cosas semejantes. Sino que además privas a la persona de esperanzas, necesidades, recuerdos, ¿Recordarás esto?

Marcos recordó.